

843
D.

PO 2227
.Q2
S6
V1



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LOS
CUARENTA Y CINCO.

I.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
La puerta de San Antonio. "ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Etiam si omnes!

El 26 de Octubre de 1585, á las diez y media de la mañana se hallaban aún cerradas las barreras de la puerta de San Antonio contra lo de costumbre.

Á las once menos cuarto, un piquete de veinte Suizos, en cuyo uniforme se reconocía eran Suizos de los pequeños cantones, es decir, de los mejores amigos de Enrique III, entonces reinante, desem-

bocó de la calle de la Mortellerie, y se avanzó hacia la puerta de San Antonio que se abrió delante de ellos cerrándose así que pasaron. Una vez fuera de aquella puerta, fueron á colocarse á lo largo de los vallados que, en el exterior de la barrera, circundaban las heredades diseminadas á cada lado del camino, y su sola aparición hizo retroceder á un gran número de paisanos y artesanos que venían de Montreuil, de Vincennes ó San Mauro para entrar en la ciudad antes del mediodía, entrada que no habían podido hacer por hallarse cerrada la puerta, como hemos dicho.

Si es cierto que el gentío trae consigo naturalmente el desorden, de creer era que, con el envío de aquella guardia, quería el preboste prevenir el desorden que podía surgir en la puerta de San Antonio.

En efecto, el gentío era grande; por los tres caminos convergentes llegaban á cada instante frailes de los conventos de las afueras, mujeres cabalgando en sus borriquillos, paisanos en carretas que venían á aglomerarse á aquella masa ya considerable, detenida en la barrera por el inusitado cerramiento de las puertas, y todos, con sus

preguntas más ó menos solícitas, hacían una especie de rumor que formaba bajo, mientras que algunas veces, saliendo del diapasón ordinario, subían hasta la octava de la amenaza ó de la queja.

Podíase notar aún, además de aquella masa de arribantes que querían entrar en la ciudad, algunos grupos particulares que parecían haber salido de ella. Éstos, en vez de dirigir sus miradas por entre los intersticios de las barreras, devoraban el horizonte limitado por el convento de los Jacobinos, el priorato de Vincennes y la cruz Faubin, como si, por alguno de aquellos tres caminos en forma de abanico, debiese llegarles algún Mesías.

Los últimos grupos no dejaban de parecerse á las tranquilas isletas que se elevan en medio del Sena, mientras que en torno de ellas el agua, arremolinándose ó jugueteando, desprende ya una particilla de cesped, ya algunos viejos troncos de sauce, que acaban por irse con la corriente después de haber vacilado algún tiempo sobre los remolinos.

Aquellos grupos, sobre los que insistimos, porque merecen toda nuestra atención, estaban formados, en su mayor parte, por vecinos de París muy

herméticamente encerrados en sus calzones y ropillas, pues hemos olvidado decirlo, el tiempo estaba frío, la brisa fina, y los nubarrones, rasando la tierra, parecían querer arrancar á los árboles las últimas y amarillentas hojas que aun se balanceaban tristemente.

Tres de aquellos hombres hablaban entre sí, ó más bien, dos hablaban y el otro escuchaba. Expresemos mejor nuestro pensamiento, y digamos: el tercero ni siquiera parecía escuchar, tanta era la atención con que miraba hacia Vincennes.

Ocupémonos primero de este último.

Era un hombre que debía tener grande estatura cuando estaba en pie; pero en aquel momento sus largas piernas, de que parecía no saber qué hacer cuando no las empleaba en su activo destino, estaban encogidas bajo de él, mientras que sus brazos se cruzaban sobre su ropilla. Arrimado al vallado, cómodamente instalado sobre los matorrales elásticos, tenía, con una obstinación parecida á la prudencia de un hombre que desea no ser reconocido, la cara tapada con su ancha mano, arriesgando solamente un ojo cuya penetrante mirada pasaba por entre el dedo del medio y el

anular, separados lo estrictamente necesario para el paso del rayo visual.

Al lado de ese singular personaje, un hombrecillo encaramado sobre un cerrito, hablaba con otro hombre grueso que andaba dando traspies en el declive de aquella misma loma, y á cada uno de éstos se agarraba á los botones de la ropilla de su interlocutor.

Eran los otros dos que, con el personaje sentado, formaban el número cabalístico tres, de que hemos hablado en uno de los párrafos precedentes.

— Sí, maese Mitón, — decía el hombrecillo al grueso, — sí, digo y repito que habrá cien mil personas alrededor del cadalso de Salcedo, cien mil á lo menos. Vea usted, sin contar los que están ya en la plaza de Greve ó que se dirigen á ella de los diferentes barrios de París; mire usted cuánta gente hay aquí, y eso que no es más que una puerta. Juzgue usted, pues contando bien, hallaríamos diez y seis puertas.

— Cien mil, mucho es, compadre Friard, — respondió el grueso; — créame usted, muchos seguirán mi ejemplo y no irán á ver descuartizar al

desgraciado Salcedo por temor de una tremolina, y tendrán razón.

— ¡ Maese Mitón, maese Mitón, cuidado! — respondió el hombrecillo, — está usted hablando como un político. No habrá nada, absolutamente nada, le respondo de ello.

Luego, viendo que su interlocutor meneaba la cabeza con un aire de duda :

— ¿ No es verdad, caballero? — añadió volviéndose hacia el hombre de las piernas y brazos largos, que en lugar de seguir mirando del lado de Vincennes, sin separar su mano de la cara, acababa de dar un cuarto de conversión y de elegir la barrera por punto de mira de su atención.

— ¿ Qué dice usted? — preguntó éste como si no hubiese oído más que la interpelación que le hacían y no las palabras precedentes que habían sido dirigidas al otro interlocutor.

— Digo que no habrá nada hoy en la plaza de Greve.

— Creo que usted se equivoca, y que descuartizarán allí á Salcedo, — respondió tranquilamente el hombre bracilargo.

— Eso es indudable; pero yo digo que no habrá ningún ruido con ese motivo.

— Habrá el ruido de los latigazos que darán á los caballos.

— Usted no me comprende. Por ruido entiendo yo un motín, y digo que no habrá ningún motín en la plaza de Greve. Si hubiese de haber motín, no habria mandado el rey que adornasen un balcón en la casa de Ayuntamiento para presenciarse el suplicio con las dos reinas y parte de la corte.

— ¿ Acaso saben los reyes cuándo debe haber motines? — dijo encogiéndose de hombros con un aire de soberana lástima el hombre de largos brazos.

— ¡ Oh, oh! — exclamó maese Mitón inclinándose al oído de su interlocutor. — Hé ahí un hombre que habla en un tono singular. ¿ Le conoce usted, compadre?

— No, — respondió el hombrecillo.

— Entoncés, ¿ por qué le habla usted?

— Por hablarle.

— Hace usted mal, ya ve usted que no es nada amigo de hablar.

— Sin embargo, me parece, — replicó el com-

padre Friard, bastante alto para que le oyese el hombre bracilargo, — que una de las grandes felicidades de la vida es comunicarse las ideas.

— Con los hombres que uno conoce muy bien, — respondió maese Mitón, — pero no con los desconocidos.

— ¿No son hermanos todos los hombres, como dice el señor cura de San Leu? — replicó el compadre Friard con un tono persuasivo.

— Es decir, que lo eran primitivamente, pero en unos tiempos como los nuestros, se ha relajado singularmente el parentesco, compadre Friard. Así, hable usted conmigo si tantas ganas tiene de conversar, y deje á ese extranjero en sus preocupaciones.

— Es que yo le conozco á usted hace mucho tiempo, como usted dice, y sé de antemano lo que me responderá, mientras que quizá este desconocido tendría alguna cosa nueva que decirme.

— ¡ Chut! Le está escuchando á usted.

— Tanto mejor; si nos escucha puede que responda. Con que, señor, — continuó el compadre Friard volviéndose hacia el desconocido, — ¿ cree usted que habrá jarana en la plaza de Greve?

— Yo no he dicho una palabra de eso.

— No pretendo que usted lo haya dicho, — continuó Friard con un tono que trató de hacer insinuativo, — pretendo que usted lo cree, y nada más.

— ¿ Y en qué apoya usted esa certidumbre? ¿ Sería usted brujo, señor Friard?

— ¡ Calla! ¡ Me conoce! exclamó el hombrecillo muy atónito, — ¿ y de dónde me conoce?

— ¿ No le he nombrado á usted dos ó tres veces, compadre? — dijo Mitón encogiéndose de hombros como quien se avergüenza delante de un extranjero de la poca inteligencia de su interlocutor.

— ¡ Ah!... es verdad, — repuso Friard haciendo un esfuerzo para comprender, y comprendiendo, gracias á ese esfuerzo, — es verdad, bajo mi palabra. Y bien, supuesto que me conoce, va á responderme, caballero, — añadió volviéndose hacia el desconocido, — pienso que usted piensa que habrá jarana en la plaza de Greve, puesto que si usted no lo pensase, estaría allí, y que al contrario, se halla aquí... ¡ uf!

Ese ¡ uf! probaba que el compadre Friard había

llegado en su deducción á los límites más remotos de su lógica y de su talento.

— Y usted, señor Friard, supuesto que piensa lo contrario de lo que usted piensa que yo pienso, — respondió el desconocido recalando las palabras pronunciadas ya por su interrogante y repetidas por él, — ¿por qué no está en la plaza de Greve? Me parece, sin embargo, que el espectáculo es bastante divertido para que los partidarios del rey acudan á verlo. Al cabo, puede que usted me responda que no es de los partidarios del rey sino de los del señor de Guisa, y que aguarde usted aquí á los loreneses que, según dicen, deben hacer una invasión en París para librar al señor de Salcedo.

— No, señor, — respondió con viveza el hombrecillo, visiblemente asustado por la suposición del desconocido; — no señor; yo aguardo á mi mujer, la señora Nicolasa Friard, que ha ido á llevar veinticuatro manteles al priorato de los Jacobinos, pues tiene el honor de ser lavandera particular de don Modesto Gorenflot, abad de dicho priorato de los Jacobinos. Pero, volviendo á la jarana de que hablaba al compadre Mitón y en la

que no creo, ni usted tampoco, según usted dice...

— Compadre, compadre, — exclamó Mitón, — mire usted lo que pasa.

El tío Friard siguió la dirección indicada por el dedo de su compañero y vió que además de las barreras cuyo cerramiento tan seriamente preocupaba ya los ánimos, se cerraba también la puerta.

Cerrada aquella puerta, vino á colocarse delante del foso una parte de los Suizos.

— ¡Cómo! ¡cómo! exclamó Friard palideciendo, — no basta con cerrar la barrera, sino que ahora cierran la puerta!

— Y bien, ¿qué le decía yo á usted? — dijo Mitón palideciendo á su vez.

— Es singular, ¿no es verdad? — dijo el desconocido riendo.

Y al reirse, descubrió entre la barba y sus bigotes una doble hilera de dientes blancos y agudos que parecían maravillosamente aguzados por el hábito de servirse de ellos, á lo menos cuatro veces al día.

Á la vista de aquella nueva precaución, un prolongado murmullo de asombro y algunos gritos de

espanto salieron de entre el gentío compacto que obstruía las inmediaciones de la barrera.

— ¡ Á formar el círculo ! — gritó la voz imperativa de un oficial.

En el mismo instante se hizo la maniobra, pero no sin embarazo; pues forzadas á retrogradar las personas á caballo y las de las carretas, aplastaron acá y acullá algunos pies y hundieron á derecha é izquierda algunas costillas entre el gentío.

Las mujeres gritaban, los hombres maldecían, los que podían huir huían, cayendo unos por encima de otros.

— ¡ Los loreneses ! ¡ los loreneses ! — gritó una voz en medio de todo aquel tumulto.

El grito más terrible tomado del pálido vocabulario del miedo, no hubiera producido un efecto más pronto y decisivo que aquel grito: ¡ los loreneses !

— Y bien, ¿ lo ve usted ? — exclamó Mitón temblando, — ¡ los loreneses ! ¡ los loreneses ! ¡ Huyamos !

— ¡ Huir ! ¿ y adónde ? — preguntó Friard.

— Dentro de este cercado, — gritó Mitón desgarrándose las manos para asirse de aquel vallado

en que estaba blandamente sentado el desconocido.

— ¡ Dentro de este cercado ! — dijo Friard, — eso es más fácil de decir que de hacer, maese Mitón. No veo agujero por donde entrar, y usted no tendrá la pretensión de saltar por encima de ese vallado que es más alto que yo.

— Probaré, — dijo Mitón; — probaré. — É hizo nuevos esfuerzos.

— ¡ Ah ! Tenga usted cuidado, buena mujer, — gritó Friard con el tono de apuro de un hombre que comienza á perder la cabeza, — su burro me está pisando. ¡ Uf ! Señor jinete, tenga usted cuidado, el caballo me va á disparar una coz. ¡ Con mil diablos ! carretero, amigo, me está usted metiendo las varas de su carro por las costillas !

Mientras que maese Mitón se agarraba á las ramas del vallado para pasar por encima, y el tío Friard buscaba en vano una abertura para deslizarse por debajo, se había levantado el desconocido, había abierto naturalmente el compás de sus largas piernas, y de un simple movimiento semejante al que hace un jinete para montar á caballo, había salvado el vallado sin que una sola rama hubiese rozado su vestido.

Maese Mitón le imitó desgarrando el suyo por tres partes, pero no sucedió lo mismo al compadre Friard, quien, no pudiendo pasar ni por encima ni por debajo, y cada vez más amagado de ser despa-churrado por el gentío, daba gritos desconsolados, cuando el desconocido alargó su gran brazo, le cogió á la vez por su gorguera y por el cuello de su ropilla, y levantándole en el aire, le transportó al otro lado del vallado con la misma facilidad que á un niño.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! ¡ oh ! — exclamó maese Mitón regocijado con aquel espectáculo y siguiendo con la vista la ascensión y el descenso de su amigo Friard, — tiene usted el aire de la enseña del Gran Absalón.

— ¡ Uf ! — exclamó Friard al tocar en el suelo. — Tenga el aire de todo lo que usted quiera, ya estoy á este lado del vallado gracias á este señor. — Luego enderezándose para mirar al desconocido, á cuyo pecho apenas llegaba : — ¡ Ah ! señor, — continuó, — ¡ cuántas gracias le debo ! Es usted un verdadero Hércules, mi palabra de honor, á fe de Juan Friard. ¿ El nombre de usted, señor, el nombre de mi salvador, el nombre de mi... amigo ?

Y el buen hombre pronunció efectivamente esta

última palabra con la efusión de un corazón hondamente reconocido.

— Me llamo Briquet, — respondió el desconocido, — Roberto Briquet para servir á usted.

— Y ya me ha servido usted considerablemente, señor Roberto Briquet; me atrevo á decirlo. ¡ Oh ! Mi mujer le echará á usted mil bendiciones; pero, á propósito, ¡ mi pobre mujer ! ¡ Oh, Dios mío ! ¡ La van á ahogar entre ese gentío ! ¡ Malditos Suizos, que no son buenos más que para aplastar las gentes !

Apenas el compadre Friard había concluido este apóstrofe, cuando sintió caer sobre su hombro una mano pesada como la de una estatua de piedra.

Se volvió para ver quién era el atrevido que se tomaba con él semejante libertad.

Aquella mano era la de un Suizo.

— ¿ Quiere usted que le muelan, amiguito ? — dijo el robusto soldado,

— ¡ Ah ! ¡ estamos cercados ! — exclamó Friard.

— ¡ Sálvese el que pueda ! — añadió Mitón.

Y ambos á dos, gracias al vallado que habían salvado, teniendo el espacio delante de sí, echaron á correr, perseguidos por la mirada burlona y la risa silenciosa del horrible zanquilargo, quien, ha-

biéndolos perdido de vista, se acercó al Suizo que acababan de colocar de centinela.

— Á lo que parece, la mano es buena, camarada, — dijo.

— No es mala, no es mala.

— Tanto mejor, porque es importante, sobre todo si vienen los loreneses, como se dice.

— No vienen.

— ¿No?

— De ningún modo.

— Entonces ¿por qué cierran la puerta? No comprendo.

— No tiene usted necesidad de comprender, — replicó el Suizo riendo á carcajadas de su chiste.

— Es justo, camarada, muy justo, — dijo Roberto Briquet. — ¡Gracias!

Y Roberto Briquet se alejó del Suizo para acercarse á un grupo, mientras que el digno Helvecio, cesando de reir, murmuraba:

— ¡Por Dios santo! creo que es él quien se burla de mí. ¿Quién es ese hombre que se atreve á burlarse de un Suizo de S. M.?

Uno de los grupos estaba formado por un considerable número de ciudadanos sorprendidos fuera

de la ciudad por aquel inesperado cerramiento de las puertas. Dichos ciudadanos rodeaban á tres ó cuatro caballeros de un continente muy marcial y á quienes, al parecer, incomodaba mucho el haber cerrado las puertas, porque gritaban con toda la fuerza de sus pulmones:

— ¡La puerta! ¡la puerta!

Cuyos gritos, repetidos por los circunstantes con un furor extraordinario, ocasionaban en aquellos momentos un ruido infernal.

Roberto Briquet se adelantó hacia aquel grupo, y se puso á gritar más alto que ninguno de los que lo componían:

— ¡La puerta! ¡la puerta!

De lo que resultó que uno de los caballeros, encantado de aquella potencia vocal, se volvió hacia su lado, le saludó y le dijo:

— ¿No es vergonzoso, señor mío, que se cierre una puerta de la ciudad en medio del día como si los españoles ó los ingleses sitiasen á París?